

ABRIL CAMINO



NUESTRO
ÚLTIMO VERANO
EN LA ISLA



Abril Camino



Nuestro último verano
en la isla

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Abril Camino, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Compañía

Primera edición: enero de 2024

Depósito legal: B. 20.580-2023

ISBN: 978-84-08-28234-1

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex

Printed in Spain - Impreso en España



Marzo de 2015

Marina siempre se ha preguntado cuánto influye su nombre en su amor por el mar. Si quizá oír esa palabra asociada a ella cuando era aún un bebé le infiltró en el inconsciente un apego que por momentos llegó a convertirse en obsesión. O tal vez al contrario: si sus padres intuyeron de alguna manera que toda su existencia estaría ligada al mar y le pusieron al mismo tiempo nombre y adjetivo. Porque Marina, por encima de cualquier otra cosa, es marina. Marítima, náutica, oceánica.

Y, sin embargo, nunca hasta este momento se le había ocurrido pensar que las travesías parecen a veces un parpadeo. Cuando la proa se eleva sobre el mar picado, el horizonte desaparece de su vista; cuando el barco vuelve a la posición natural, mientras sus oídos registran el familiar choque líquido del casco contra el agua, abre los ojos y el horizonte vuelve a estar ahí. Y en él se recorta ya la silueta familiar de la isla, que parece temblar con cada bamboleo del barco que acerca a Marina a su costa. Una isla que flota sobre las aguas del Cantábrico, majestuosa, que alza su cumbre hacia el cielo encapotado e ilumina de forma intermitente las olas rizadas con el haz de luz de su faro.

Aunque ya ha amanecido, el día es tan oscuro que el sistema automático de encendido aún no se ha dado cuenta.

Es un día oscuro, sí. La primera vez, que Marina recuerda, que llega a la isla con los ojos arrasados en lágrimas. Incluso le parece extraño que nada haya cambiado, que el campanario de la iglesia se recorte contra las nubes, que los barcos de pesca regresen a puerto y que no se pueda percibir en la distancia que la isla está triste. Porque Marina está segura de que esa franja de tierra ha llorado tanto como ella desde que la tarde anterior perdieron, ambas, a una de sus personas más queridas.

—¿A qué hora es el entierro? —le pregunta Pedro, cigarrillo entre los labios y timón en las manos.

—A las siete y media.

—¿Tan tarde?

—Dejó dicho que no quería más de una noche de velatorio, y tenía que ser así para que se cumplieran las veinticuatro horas.

Pedro asiente y Marina agradece que sea hombre de pocas palabras. Aún le parece inverosímil estar ahí, dirigiéndose al único lugar del mundo al que llama hogar, para despedir por última vez al señor Martín, el hombre que ha sido como su abuelo, a pesar de que no compartían ni una molécula de ADN.

La tierra a la que se acerca la pequeña lancha de pesca de Pedro el Portugués con un borboteo de su motor de gasoil tiene nombre propio desde hace algo más de diez siglos, pero ningún lugareño la ha conocido jamás por otro apelativo que el genérico: «La isla». Todo aquel que añade un topónimo a esas dos palabras es identificado de inmediato como forastero. Y Marina no lo es. No lo ha sido nunca, aunque no naciera en la isla ni se criara en ella ni haya vivido allí más que durante un mes cada año y

algunos fines de semana esporádicos. Puede que ella no viva en la isla, pero la isla habita en su interior desde que tiene uso de razón. Allí están sus raíces, unas que no tienen nada que ver con un árbol genealógico, pero que se agarran a la tierra con más fuerza porque están hechas de vivencias que atan su memoria a un lugar que visita demasiado poco.

Marina sonrío —quizá su primera sonrisa en las últimas doce horas..., quizá la única en los últimos cuatro años— cuando el barco se enfrenta a una ola algo mayor que las anteriores y se desequilibra unos instantes mientras baila con ella una danza de la que los dos saldrán victoriosos. Marina consigue mantenerse en pie valiéndose tan solo de un gesto casi innato de sus rodillas y corresponde a la sonrisa orgullosa que le dedica el patrón. La de ella es triste, por todos los recuerdos que conlleva, pero también tiene un punto de satisfacción al sentir que el mar sigue siendo parte de su cuerpo, aunque en los últimos tiempos lo tenga abandonado.

La lancha de Pedro llega al puerto pesquero del oeste de la isla. El pequeño ferri de línea regular que mantiene la isla conectada a tierra opera desde el puerto deportivo que se construyó en los años ochenta para dar servicio a los turistas, cada vez más habituales, que edificaron sus casas en la parte oriental; también allí llegan los catamaranes que, cada hora, invaden la isla en los meses de verano. Pero atracar en el puerto pesquero le ahorrará una buena caminata hasta el tanatorio. Que no le apetezca caminar por la isla es otra novedad para Marina.

Se despide de Pedro con un gesto desvaído, después de una breve discusión porque él se niega a cobrarle el trayecto. Marina sabe que no lo hace como deferencia a ella, sino al señor Martín, que era uno de sus mejores ami-

gos. Cuando lo llamó la noche anterior para decirle que pretendía estar en la isla a primera hora de la mañana, él no dudó en recogerla con su lancha, sin pensar ni por un momento en esos diez euros con los que complementa su jubilación llevando y trayendo a personas a la isla fuera de los cauces oficiales. Sabe que más tarde se verán en el tatorio; intentará acordarse de invitarlo a un café como agradecimiento.

No es hasta que entra en el velatorio y empieza a recibir abrazos y palabras de consuelo cuando es consciente del todo de que Martín ha muerto y ella está ahí para decirle adiós. La cabeza empieza a dolerle después del tercer saludo y se siente ingrata; es un honor que toda la isla parezca haberse reunido para la despedida y mucho más lo es que nadie dude en tratarla como si fuera familiar directa del difunto. Es un orgullo que varias personas le repitan lo que ella ya sabe: que nadie consigue imaginar la isla sin el señor Martín. Logra desembarazarse para llegar hasta el ataúd y comprueba aliviada que está cerrado; cree recordar que el abogado que la llamó para darle la noticia la avisó de que Martín había dejado resueltos todos los detalles de su despedida, pero en ese momento Marina estaba llorando tanto que no puede asegurarlo. Se alegra, en cualquier caso, de tener la oportunidad de recordarlo como era la última vez que lo vio, con la pipa apretada entre los dientes y un brillo de humor permanente en sus ojos.

Las horas pasan rápido, como envueltas en una bruma acorde con el clima. A media tarde, Marina se ve arrebujada en su bufanda, caminando hacia la iglesia parroquial; casi está a punto de darle la risa al pensar que su despedida de Martín vaya a tener lugar en terreno consagrado. Esa será solo la oficial; el adiós de verdad se lo dirá al llegar

a su casa, a ese hogar entre cuyas paredes fueron como abuelo y nieta a pesar de la genética, como viejos amigos a pesar de la edad. Los dos pequeños hoteles de la isla no están abiertos en esta época del año, pero Marina tampoco se habría molestado en reservar habitación en ninguno de ellos, porque sabe que al señor Martín le habría gustado que durmiera en su casa —*su* de él, *su* de ella— esa noche. Incluso en caso de que no haya una llave disponible, conoce mil y una maneras de colarse dentro sin que nadie la vea.

Durante la ceremonia, es incapaz de prestar atención a las palabras del sacerdote y, mientras lo entierran, no quiere ni mirar. Prefiere repasar dentro de su cabeza, como si fuera una película, las imágenes de los últimos momentos que pasó junto a él. Lo notó desmejorado en Navidad, cuando logró escaparse medio día de su férrea rutina para ir a visitarlo, pero ni en su peor pesadilla imaginó que el final estaría tan cercano. El carnet de identidad decía que era un hombre anciano, pero Martín seguía levantándose cada día al alba para ocuparse de las tareas del huerto, bajaba en su ciclomotor al puerto de pescadores y fumaba de su pipa mientras escuchaba lo mal que había ido la pesca, lo poco que daba ya el mar, lo difícil que era el día a día para quienes se entregaban a las aguas inciertas de un océano que robaba algunas vidas de golpe y otras las desgastaba poco a poco. Por las tardes tenía una cita fiel con la siesta, se acercaba al despertar al bar de Luis, veía algún partido de fútbol y se quedaba después adormilado en el sofá de su casa con la radio encendida de fondo. Esa era su vida a los noventa y un años. La misma que Marina le conoció siempre, y ella ya anda cerca de los treinta y nueve. Quizá debería haber imaginado que algún día se acabaría, pero no había sido capaz de conce-

birlo antes de que aquella llamada la devolviera de una bofetada a la realidad de que nuestros seres queridos son mortales.

Marina lleva pasando los veranos en ese lugar perdido en el Cantábrico desde que nació, y mucha gente ha estado a su lado en esos meses de agosto que duraban al mismo tiempo una eternidad y un suspiro. Sus padres, sus amigos, algún gran amor, incluso los gatos de la casa, que no pertenecían a nadie más que a la tierra. Todos han ido y venido menos el señor Martín. Él era su constante, y Marina tiene la sensación de estar flotando sin anclaje a tierra desde la maldita llamada que le comunicó que lo habían encontrado muerto en un lateral de la casa, junto a una parrilla con las ascuas aún humeantes.

Marina quiere pensar que murió haciendo lo que más le gustaba: asar pescado recién sacado del mar, aunque fuera para comérselo él solo. Quiere pensar que la muerte lo sorprendió rápido, que no sufrió, que no tuvo tiempo para darse cuenta de que la vida se le escapaba entre los dedos. Quiere pensar lo mismo que piensa todo el mundo cuando pierde a un ser querido, aunque no siempre sea cierto. Y también quiere convencerse de lo más lógico, de las palabras que le dijo su tía Fede cuando la llamó para explicarle que debía ir a la isla a despedir a Martín: que tenía noventa y un años, que había vivido una existencia plena, que es ley de vida.

Aunque, en realidad, Marina solo es capaz de pensar que maldita sea la vida si sus leyes dictan que las buenas personas se marchen sin decir adiós.

Es ya noche cerrada cuando enfila el camino hacia la casa de Martín. Las olas rompen en la arena, casi al pie de las escaleras de la entrada, y Marina se da cuenta de que probablemente a partir del día siguiente tenga que dejar

de llamarla así. Será su casa, la de ella, pero ni siquiera es capaz de asumirlo. Martín era viudo; Marina apenas recuerda a Dora, su mujer, que falleció un invierno cuando ella aún era muy pequeña. Solo conserva de aquel momento una especie de *flash* de sus padres diciéndole una tarde de diciembre que tenían que viajar a la isla, aquel lugar que estaba reservado a los meses de verano, y que ella se puso muy contenta. Luego le explicaron la razón, le dijeron que ella no podría acompañarlos porque era muy pequeña y Marina lloró durante horas porque, aunque ni sabía lo que era un entierro, ella querría haber estado allí, en su lugar favorito del mundo, junto a aquel hombre de barba blanca y gesto enjuto que para ella era algo más que un abuelo prestado.

El señor Martín y su mujer nunca tuvieron hijos y todos sus familiares en diferentes grados murieron hace ya años. No hay ningún heredero que se pueda hacer cargo de la casa familiar y alguna que otra vez a Martín se le escapaba que querría que fuera para Marina. Ella no había querido escucharlo, porque le parecía imposible imaginar aquella casa sin Martín sentado en el banco de madera de su parte delantera, con su pantalón de mahón y chupando con ansia de la pipa que tantas veces le había prohibido el médico.

Pero ahí está. La casa. Ella. Y la ausencia del hombre que le dio sentido a la palabra *verano*. Marina resopla tres veces antes de poner la planta del pie en el primer escalón de los siete que separan la finca de la calle. Desde niña, siempre le resultó curiosa esa elevación del terreno, como si alguien hubiera querido añadir majestuosidad a una casa que, ya de por sí, provoca en quien la ve ganas de hacer una genuflexión. Quizá hasta es incongruente en una pequeña isla de pescadores que ha sufrido tantos vaivenes

en los últimos siglos. Ni es una de las pequeñas casitas pintadas de colores de la zona más cercana al puerto pesquero, ni una de esas construcciones horrendas que proliferaron en los años setenta y ochenta en la parte más cercana a la playa grande, antes de que una ley de protección medioambiental evitara que los tiburones inmobiliarios arrasaran con todo vestigio de la isla que un día fue.

La casa del señor Martín es una típica vivienda indiana, construida más de un siglo atrás por un antepasado de Dora, su mujer, que volvió a su tierra natal con los bolsillos llenos de dinero cubano. Habían llegado a existir dos o tres casas más del mismo estilo en la isla, pero de ellas ya no quedan ni las ruinas. Solo la de Martín y Dora permanece en pie, orgullosa, recordando un pasado que a ratos fue glorioso y, en otros momentos, más duro de lo que la mente de Marina podría imaginar.

Es una casa de tres plantas, coronadas por un desván al que siempre tuvo prohibido subir cuando era niña. Sus padres y el señor Martín decían que había demasiados ratones porque la estructura era de madera, pero a ella siempre le gustó soñar que se escondían allí secretos que estaba deseando descubrir. La fachada, pintada de color ocre, esconde tras los balcones verdes nueve habitaciones de las que Marina conoce cada rincón; en ellas jugó al escondite, se quedó castigada alguna tarde de sol, preparó exámenes universitarios y aprendió a enamorarse. Junto a la casa principal, en una construcción anexa, hay otra vivienda, mucho más pequeña, que en su día había sido para el servicio de aquellos emigrantes retornados, y que lleva vacía, casi abandonada, dieciocho años. Marina decide, por salud mental, vetarse el recuerdo de la última vez que la puerta de la casa pequeña se cerró.

No sabe si reír o llorar al pensar en qué va a hacer ella

como propietaria de dos construcciones en la isla. De once habitaciones, tres cuartos de baño, dos cocinas, dos salones, dos desvanes, dos mil metros cuadrados de terreno, un huerto y —según deduce de la observación por la ventana del que siempre ha sido su cuarto— también de dos gatos. Es bastante paradójico que esté a punto de obtener todo ese espacio en una isla perdida en el Cantábrico cuando en Coruña sigue viviendo en el piso que compraron sus padres en los años setenta.

A mediodía del día siguiente tiene una cita en el pueblo. El pueblo, al igual que la isla, tampoco tiene un nombre propio que merezca la pena recordar. Todos saben a qué pueblo se refieren cuando lo mencionan. Es el lugar al que se va para visitar al médico, hacer trámites burocráticos o comprar víveres inaccesibles desde la isla. Los separan poco más de dos millas náuticas —algo menos de cuatro kilómetros—, pero a ningún isleño le apetece ir allí más de lo estrictamente necesario. Para Marina, el pueblo es, en este momento, el lugar donde la ha citado el abogado para exponerle algunas cuestiones relacionadas con la herencia del señor Martín; al parecer, el viejo no era tan ingenuo con respecto a su propia mortalidad como Marina, y dejó su marcha bastante bien atada.

La herencia no le reportará una gran riqueza. Todo el terreno es un espacio protegido y no se puede tirar abajo la casa para construir un edificio de apartamentos. Además, ella preferiría encadenarse a la puerta de entrada antes de permitir que eso ocurriera. Por respeto al señor Martín, y también por cariño a una isla en la que a veces desea que nada cambie para poder sumergirse en el recuerdo de unos tiempos en los que fue la persona más feliz del mundo dentro de los confines de aquel lugar.

Marina decide posponer el pensamiento de qué hará

con la casa hasta que todos los papeles estén firmados y la pena lacerante que le ha provocado la muerte de Martín se vaya diluyendo. Dejará poso, eso lo sabe bien ella, que acerca de la pérdida podría escribir un manual, aunque tendría que omitir por desconocimiento el capítulo sobre cómo superarla.

Para alejar las lágrimas, abre el armario y busca un pijama de invierno; hace ya años que no necesita preparar las maletas para ir a la isla, porque en su habitación de la casa tiene todo lo necesario. Rescata también de un cajón un cargador de repuesto; la cobertura de móvil en la isla ha mejorado mucho en los dos o tres últimos años, aunque el precio sea tener que soportar la visión de una horrible antena de telefonía junto a los acantilados. Aun así, es difícil deshacerse de las viejas costumbres y Marina comprueba varias veces que su teléfono esté operativo por si surge alguna urgencia en Coruña. Es la primera vez en casi cuatro años que Marina abandona la ciudad sin una intensa planificación previa. Espera que sean apenas veinticuatro horas. Se sienta en el alféizar de la ventana y deja que sus ojos se pierdan en el mar, en las olas, buscando la calma que siempre le provoca oír las rugir.

Y entonces es consciente de su misión en ese lugar. No es heredarlo ni cuidarlo ni regresar cada verano a dejar que el sol se pose sobre su piel y barra parte de las preocupaciones que asolan su día a día. Su misión es recordar. No ha cumplido aún los cuarenta, pero ya es la única persona que puede atesorar los momentos que convirtieron la isla en algo más que un pedazo de tierra rodeada de agua. Martín se ha ido, Dora lo hizo mucho antes. Su padre murió hace tiempo, Angie ni siquiera recuerda. De Lucas hace casi veinte años que no sabe nada. Y todas las demás personas que algún día compartieron con Marina

aquella casa, aquella isla, están demasiado lejos, en todos los sentidos posibles del término, como para acompañarla en la tarea de recordar.

No ha probado bocado desde el desayuno ni piensa hacerlo. Solo quiere quedarse ahí, en esa ventana junto a la que tantas horas ha pasado en su vida, recordando las historias que su madre le contaba cuando era adolescente. Las que escuchaba de niña, cuando todos pensaban que estaba acostada, pero en realidad se quedaba junto a Lucas en la escalera, los dos muy pegados a la fina pared que la separaba de la cocina, y trataban de imaginar a sus respectivos padres metidos en las pieles de aquellos adolescentes de los que hablaban en sus anécdotas de un tiempo pasado en el que nada era mejor.

Marina no sabe aún todas las historias que esconde la isla. Algunas quedarán para siempre enterradas en el olvido que imponen los años. Otras las irá descubriendo poco a poco. Unas cuantas harán que su existencia, sus principios, aquello en lo que siempre ha creído, su imagen de las personas que marcaron su vida, se tambaleen. Pero eso tampoco lo sabe. Sentada en el alféizar pintado de verde de su dormitorio, solo llora por Martín. Porque es consciente de que su ausencia le dolerá siempre. Y llora también por eso que alguien le dijo una vez: que una pérdida nunca es solo una pérdida, también es el recuerdo de todas las que llegaron antes.

Marina cierra los ojos y se sorprende cuando la cara que se dibuja en el reverso de sus párpados no es la de Martín. Es la de Angie. Su madre. Y se sorprende a su vez de su propio asombro, porque ya debería haberse acostumbrado. Le ocurre de forma constante. Angie siempre está ahí, llenándolo todo con su ausencia, por muy paradójico que le suene cuando lo dice en voz alta. Y no es la

Angie actual, la que se ha convertido en una sombra de lo que fue, quien ocupa la mente de Marina. Es otra. Es la mujer que la tuvo siendo poco más que una adolescente y siempre se negó a que la llamara «mamá», porque ella era así, excéntrica para algunos, rara para otros. La que la crio rodeada de amor, de ideales, de música que nadie más escuchaba, de libros que contaban historias que Marina ni siquiera entendía... hasta que las entendió. La mujer que aún hacía que las miradas se volviesen a su paso después de cumplidos los cuarenta, y los cincuenta, y a la que le gustaba caminar descalza por la isla cada verano porque eso era lo que llevaba haciendo desde que era niña. La que la enseñó a pensar, a entender, a querer. La que la llevó por primera vez a aquella isla y con sus historias hizo que se enamorara de cada piedra que la compone.

—Angie... —susurra a la nada—. ¿Cómo puedes haberme dejado sola aquí?